

DE LEONES Y POETAS

La asistencia a este Foro, la posibilidad de escuchar un buen número de opiniones, reflexiones y puntos de vista a lo largo de las dos últimas jornadas, me ha invitado a meditar sobre algunas cuestiones. Es por ello por lo que, en vez de leer la ponencia que tenía preparada, y que podrán leer, si es de su interés, en las actas que se publicarán de este encuentro, prefiero comentar algunas cuestiones que han ido apareciendo en estos días.



[Itziar Pascual]

Hay un cuadro de René Magritte del que me gustaría hablarles. Fue pintado en el año 1940. La imagen muestra la espalda de un hombre alado. Alas negras, chaqueta negra, pantalón negro. Tiene la expresión fija en algo que no vemos y los codos apoyados en un puente. A sus espaldas, un recio león africano, tumbado en el suelo de ese mismo puente, permanece inmóvil. Las alas del hombre están plegadas, quietas. Al fondo, una farola ilumina la escena.

El título de este cuadro es *El mal de ausencia*. Y tengo la sospecha de que este cuadro tiene mucho que ver con nosotros, las gentes de teatro, y con este Foro.

Me gusta Magritte. Por muchas razones. Por reírse de la representación y de la

ilusión —esto que ven ustedes, señores, parece decirnos, no es una pipa y esto otro no es una manzana y esto de aquí no es un paisaje nocturno, porque cuenta con un cielo recién amanecido—. Me gusta por lo que creía: “No me siento armado para la lucha política. Trato de conservar lo que soy, sigo estando a favor de un sistema de ideas que haga desaparecer las diferencias de fortuna, los conflictos, las guerras. ¿En qué manera? No lo sé, pero ése es mi punto de vista, a pesar de todos los fracasos y las decepciones”, decía Magritte en 1965¹. Y si me apuran, Magritte me gusta hasta por ser belga, que es lo mismo que pertenecer a un país liliputiense, rodeado de poderes. Algo que las gentes de teatro podemos

Ya ven. Yo venía a Valladolid con la intención de hablar de palabras y en cambio les estoy hablando de silencios.

comprender muy bien. Pero sobre todo me gusta porque reúne a leones y ciudadanos con los sueños. Y los coloca en el puente.

En el puente para alcanzar el teatro que queremos, más que para quejarnos del que nos gusta. Para aprender a respirar hondo y pelear mucho, más que dar rienda suelta a nuestros demonios y a nuestros miedos el miedo al intrusismo profesional, a los procedimientos poco lícitos para acceder al trabajo o a la imposibilidad de realizar una trayectoria continuada en nuestra propia región; el miedo a no existir, en la medida en que se forma parte de un oficio que no existe en televisión ni en Internet y que por naturaleza e historia, ha estado descentrado; el miedo a la carencia de una repercusión social, porque el nuestro es arte, oficio y artesanía que requiere de otros y es para otros; el miedo a la formación —¿ustedes se imaginan un Foro de matemáticos, filólogos o fontaneros abogando a favor de la virginidad?—; el miedo a que, esta vez, no haya oteadores, cuando tal vez habría que preguntarse, con todo el respeto, qué podrán ver cuando vengan.

El miedo

Ya ven. Yo venía a Valladolid con la intención de hablar de palabras y en cambio les estoy hablando de silencios. De lo que no decimos cuando hablamos. De lo que se nos escapa cruzando las piernas, mirando al suelo, apagando un cigarrillo nerviosamente.

Es ahí, precisamente, donde creo que el teatro puede y debe hacer y decir mucho. No creo que esté solo en ese camino. Es el camino del conocimiento, del descubri-

miento de nuestras flaquezas y nuestras miserias, pero también de nuestros deseos. De la emoción, de la pelea entre lo que soy lo que quiero ser, que es la pelea en la que podemos huir del dolor, o mirarlo cara a cara.

Un día, hace algún tiempo, en mi biblioteca pública favorita, un estudiante quiso impresionarme con sus conocimientos. Estaba estudiando una ingeniería, creo que de Caminos, canales y puentes.

“¿Y tú qué estudias?”, me preguntó.

“Dramaturgia”, le contesté.

“Ah. ¿Y eso para qué sirve?”.

“Pues...”. Estaba intentando formular una respuesta, algo molesta por el tono hiriente de aquel futuro ingeniero, cuando él volvió a preguntar.

“¿Pero eso es una carrera?”

Apenas había espetado un sí, cuando el ingeniero en ciernes, volvió a la carga.

“¿Y tiene muchas salidas?”

Ahora, transcurrido el tiempo, intuyo que eran más importantes las preguntas que las respuestas. Que la escritura y la dramaturgia, más que una carrera, son un viaje, que la velocidad en la carrera es algo tangencial, anecdótico; que se sabe cuando se sale y nunca cuando se llega.

Él, seguramente, ahora está construyendo puentes. Y yo, como el león y el hombre alado de Magritte, me pregunto cómo saltarlos. Además, tengo la sospecha de que cuando Fernando Arrabal nos decía ayer que el poeta debe pisar la cola del león, se refería a los personajes de mi cuadro favorito.

Si se fijan, ahora, se están moviendo.

Gracias. ■

¹ PAQUET, Marcel. “Magritte (1898-1967) El pensamiento visible” Traducción de Sara Mercader. Taschen. Bonn, 1992.

Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada... **Puedes y debes hacerlo**



Sección autónoma
de la Asociación
Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.º izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. <http://www.aat.es>